



EL ÁLBUM



LLUÍS PERMANYER



El pintor Isidre Nonell en su estudio, con dos de sus modelos habituales: gitanas

Nonell y sus gitanas

Nonell, el de las gitanas. Sí, cierto, pero creo que para situarlo mejor hay que ambientar dos escenarios previos: el de una amistad personal y el descubrimiento de unos seres marginados.

La amistad se refiere a la tendida y estrechada con Juli Vallmitjana en los años de formación de ambos en la Llotja. Aquel hijo de joyero le invitó a pasar el verano de 1896 en un lugar perdido del Pirineo, en el que la familia había comprado una finca para explotar un balneario: Caldes de Boí. Allí Nonell dio con los lugareños del pueblo de Boí que sufrían cretinismo debido a la carencia de yodo en el agua potable, y no paró de dibujar los tipos.

Vallmitjana merodeaba en Barcelona los bajos fondos, escenarios que le inspiraron su obra literaria, en la que la novela *La Xava* es una muestra muy representativa.

Así pues, Nonell no dudó en percatarse, y muy pronto, de que aquel mundo castigado, marginado, condenado a la miseria desesperada, más do-

minado por la resignación que por la revuelta, era el que le atraía tanto para conocerlo de cerca como para plasmarlo a renglón seguido primero mediante apuntes, luego dibujos y finalmente pinturas.

Al taller de la calle Comerç, 28, ya comenzaba a llevar las modelos, en su mayoría gita-

El artista se sintió fascinado por el mundo marginal y lo pintaba con genial originalidad

nas. Allí, luego de haberse enfundado una blusa de yesero, luchaba con tenacidad para dar con el estilo y la personalidad que el tema exigía. Recibían un dinero, pero más que nada aceptaban por la relación personal trabada con él en su peregrinar por barracas, Somorrostro y Pequin, tabernas y patios siniestros del Barri Xinès, o una puda de curioso nombre, Los Amigos del

Tranvía, siempre mucho mejor que los cafés cantantes del Paral·lel, demasiado formales y arreglados.

En aquel deambular sin rumbo, de pronto se reconocía fascinado y rendido ante un personaje. Como el de aquella gitana, que "ata con los ojos y mata con la boca". Vale la pena hacer hincapié en que la mayoría de pinturas prefiriera no destacar rostros ni personalizar, sino captar un volumen, que por la forma que impone y el tratamiento que le concede cobra valor escultórico.

La primera vez que pudo colgar obra en la Sala Parés, según la leyenda, fue en 1900, y a un burgués salido de misa de 12 y antes de comprar el *tortell*, se le antojó tan desafiante, desagradable y provocativo lo pintado por Nonell, que no resistió desgarrar la tela al asestarle un golpe certero con la punta del paraguas. Joan Antoni Maragall, en cambio, sitúa el caso en 1902, también con un burgués tan disgustado, pero que se limitó a asegurar que no volvería a poner los pies en la galería.

Un Nonell venido sifilítico de París no pudo ya con el tífus que le contagió una modelo. Tenía 38 años. Su entierro se pobló de gitanas portadoras de flores silvestres y el ataúd iba seguido de palmeros, guitarristas, cantaores, taberneros, bailarinas: su gente.●

FRANCESC SERRA / IMAGEN CEDIDA POR EL ARXIU FOTOGRAFIC DE BARCELONA

CUADERNO BARCELONÉS

BROSSA Y PONÇ, JUNTOS

Gran exposición antológica de Ponç en la Pedrera; gran retrospectiva de Brossa en el Macba. Curiosa e interesante coincidencia. Pues bien, se perfecciona con otra exposición que ofrece la galería Joan Prats, que primero ha tenido el acierto de reunir a los dos artistas, y le ha sumado otro acierto: el resultado. Caminos paralelos en el tiempo, que se conocieron por casualidad, amistarón y que ahora, al

fin del camino, reinciden en el encuentro, luego de haber sido contratados en la entonces naciente Joan Prats: el director de la galería, Lluís M. Riera, los admiraba desde el Dau al Set. Cuando Brossa dio con Ponç, intuyó que, pese al desconcierto que evidenciaba, tenía madera; y quedó prendado de su automatismo. Por más edad, mucha más cultura y claros objetivos, Brossa ejerció en él una influencia beneficiosa,

que se completó con los consejos certeros y afinados que el poeta Cabral, cónsul brasileño en Barcelona, les impartió. Los dos aprovecharon y advirtieron de inmediato sus bondades. La relación creativa cristalizó en *Parafaragaramus*, libro manuscrito, en algunos títulos de cuadros y sobre todo en influencias recíprocas. En Dau al Set, Tàpies-Cuixart eran los burgueses y Brossa-Ponç, los proletarios, según Cabral.